

Epístola*

LAURA CAMILA LATORRE

Camino vacilante de vuelta a casa. Abro la puerta, y el comedor está inundado de facturas, cartas, peticiones, rechazos de trabajo y... una citación del juzgado: el lugar donde se supone que debo cenar está volviéndome loco. No he comido desde hace dos días, no estoy a dieta, no es una huelga, no es un ayuno, simplemente no tengo hambre.

Cuarenta y cinco cervezas, entre ayer y hoy. No estoy ebrio ni sobrio.

No tengo sueño, porque estoy haciendo algo todo el tiempo desde el martes, hoy es sábado. Las ojeras no me favorecen. Pero al carajo, no me importa.

Ayer me despidieron del trabajo porque no les servían personas deprimidas. No tenía idea de que para redactar cartas de amor hay que estar feliz. Ahora lo sé. Mis ideas oscilaban entre “Ojalá duremos toda

la vida... No, mejor: ojalá mueras mañana” y “Hoy estas hermosa, es un buen día para verte, follarte eirme”.

—Tus frases son descaradas y apáticas, hombre —dijeron los que dirigían la compañía.

Trabajaba allí porque el trabajo de la abogacía está jodido con eso de que somos deshonestos y unos ladrones... Pero es nuestro maldito trabajo, no podemos hacerlo gratis. No funciona así.

—Esa es la precisa descripción del desamor —contesté—. Ustedes quieren que venda una falsa idea sobre cómo se siente estar enamorado y no voy a hacerlo. Quiero decir que el amor también trae dolor a sus alrededores, que también lastima y te deja marcas. El amor no es malo, pero nos iría mejor si vendiéramos cartas de desamor en vez de la mierda barata que ustedes quieren hacerle creer a la gente.

* IV Concurso Nacional de Cuento para bachilleres.

—La gente triste y enojada no quiere entregar cartas —dijo el sujeto al que llamaba jefe, pero yo lo interrumpí.

—¿Qué sabe usted de la gente triste? —le espeté—. Usted nunca ha amado a nadie, solo se acuesta con prostitutas —no me agradaba mucho, era un hombre rico y alcohólico—. La gente triste quiere entregar más cartas y decir más cosas que las personas felices. La felicidad solo nos permite ver todo tan hermoso que no deja espacio libre para pensar. Las personas que están cabreadas con el mundo piensan demasiado, lo que los hace querer escribir, así no tengan talento —había olvidado que estaba con esas personas, y hablé de más, ¡qué demonios!

—Entonces vaya a escribir para otras personas.

Y me quedé sin trabajo. Habría preferido renunciar, pero es tarde.

Iba a ir a mi casa, pero me distraje y terminé en un bar a las dos de la tarde (me despidieron como al mediodía). Bebí cerveza hasta vomitar, y luego bebí más.

Salí del bar, pálido y despeinado. Me senté en una banca del parque y vi como anochece. Escuché música el resto del día. Los audífonos se me perdieron en alguna parte y tuve que escucharla públicamente en mi celular.

Algunas canciones me hacían sentir mal. Otras, peor. Algunas me reconfortaban y otras me hacían enojar mucho. Con otras pensaba cosas como “algún día voy a tener sexo escuchando esta canción”. Y con todas llegaba a la conclusión de que la extrañaba mucho.

Me quedé dormido.

Cuando desperté, eran las cuatro de la mañana de hoy.

Volví a sentarme (estaba acostado en la silla) y observé mis zapatos como por diez minutos, eran azules, grandes y estaban sucios.

Me levanté con dolor de cabeza y fui a comprar más cervezas. Caminé sin rumbo por largo tiempo.

Pasé por el cementerio. “Vanessa Fuentes”, “Daniela Heredia”, “Uriah Pedrad” fueron algunos nombres que leí en algunas lápidas y que quise memorizar sin motivo alguno. Ahora me pregunto cómo murieron esas personas.

De repente ya estaba mirando el mismo lugar que miraba hace tres días: la misma lápida, sin flores, con una mancha de sangre.

La observé por una hora. No había nada nuevo, por más minutos que pasaran. Era la misma mierda. Su nombre sonaba más inexistente con el pasar de los días, un frío absurdo me recorría todo el cuerpo. “En memoria de María Quintero, que murió cuando no debía”. Qué estupidez: todos mueren cuando no deben.

En esa lápida se veía absolutamente ridícula esa frase. Es cierto, murió inesperadamente, pero en el momento en el que debía morir... Al menos para ella era el momento exacto para morir. Ella lo decidió. Que las personas ignoren que la gente se está muriendo cada segundo es cosa de ellos, no mía. Desde que nacemos ya estamos muriendo, y las personas dicen cosas como “lo siento”. Pero ¿qué demonios sienten? Me molesta hacer preguntas que nadie puede responder.

—Te extraño, María —digo al aire—. Extraño que respondas mis preguntas y que me veas a los ojos. Extraño todo de ti —un nudo, en la garganta y agua, en mi mejilla, el duelo no termina.

Salí del cementerio con un cuerpo más pesado, como si me hubiese puesto una armadura.

Caminé vacilante de vuelta a casa. Abrí la puerta, y el comedor estaba inundado de facturas, cartas, peticiones, rechazos de trabajo y... una citación del juzgado: el lugar donde se supone que debo cenar está

volviéndome loco. No he comido desde hace dos días, no estoy a dieta, no es una huelga, no es un ayuno, simplemente no tengo hambre.

Después de escribir todo esto, me doy cuenta de que sí estoy ebrio.

Traté de dormir. Pero, después de un intento inútil, me levanté de la cama y empecé a escribir. No sé si para alguien, pero sin duda es para mí.

No puedo dejar de ver la lápida en mi memoria. No puedo dejar de pensar en los últimos días que viví con ella y trato de retroceder para ver qué hice mal. Pero no encuentro nada más grave que mi existencia.

Dicen que María murió cuando no debía porque era joven. Pero yo sé que murió cuando ella quería, la vi suicidarse. No fue un accidente. Fue un suicidio, me lo dijo con los ojos cuando traté de detenerla. En la declaración, yo dije que no sabía bien que había pasado, así que concluyeron que la mujer de la que estaba enamorado se había resbalado del sexto piso, en donde vivía. Yo la vi tirarse.

Un suspiro más al aire y ya casi concluyo.

Estoy en el sexto piso, en donde María y yo vivíamos, ella siempre, yo a veces.

Resuelvo que suicidarme no sería condecorado con una frase en mi lápida como la que los padres de María escogieron para ella, así que yo he decidido resbalar. De un sexto piso no, sería un cliché. He decidido que, como quiero tiempo antes de morir, cuanto más alto, mejor.

Espero que alguien encuentre esta carta, no para que la comparta, solo quiero que la lea, que sepa que el amor me trajo de vuelta y que el amor me lleva con él. María y yo llevábamos seis años juntos. No le di motivos para irse e igual lo hizo. Yo llevo seis meses sin ella. No tengo motivos para vivir e igual lo hago. No más.

Posdata: dieciocho pisos me parecen suficientes para recordar lo que es memorable. Solo ella.

*Laura Quintero, quien encontró la carta de Simón
y no sabe si murió. ■■*